

Cultura política, culturas políticas¹

Political Culture, Political Cultures

MARIO CACIAGLI

Universidad de Florencia

CÓMO CITAR ESTE TRABAJO / HOW TO CITE THIS PAPER

CACIAGLI, M. (2019). Cultura política, culturas políticas. *Política y Gobernanza. Revista de Investigaciones y Análisis Político*, 3: 5-19. <http://dx.doi.org/10.30827/polygob.v0i3.9805>

1 Traducción del capítulo segundo del libro de Mario Caciagli, *Addio a la provincia rossa. Origni, apogeo e declino di una cultura politica*. Roma: Carocci, 2017.

Resumen

La finalidad de este artículo es revisar el complejo concepto de cultura política, reflexionando sobre el origen, la existencia de diferentes culturas políticas, los debates suscitados, la dificultad metodológica de su aplicación y la utilidad que su uso reporta a la Ciencia Política. Para ello se repasan las teorías clásicas de la cultura política y las críticas que han recibido teniendo en cuenta factores territoriales, históricos, psicológicos, institucionales y metodológicos que culminan en la propuesta de un nuevo esquema interpretativo.

Palabras Clave: Cultura política; concepto; debates teóricos; metodología; interpretación.

Abstract

The purpose of this article is to revisit the complex concept of political culture. This work reflects on its origin, the existence of different political cultures, the debates raised, the methodological difficulty of its application and the benefits that its use adds to Political Science. To this end, the classical theories of political culture and the criticisms they have received are reviewed, taking into account territorial, historical, psychological, institutional and methodological factors that culminate in the proposal of a new interpretative scheme.

Key words: Political Culture; Concept; Theoretical Debates; Methodology; Interpretation.



Correspondencia / Correspondence

MARIO CACIAGLI
 Università degli Studi di Firenze
 Dipartimento di Scienza della Politica
 Via Francesco Valori, 9
 50132-Firenze (Italia)
 mario.caciagli@unifi.it

Recibido / Received

1.12.2018

Aceptado / Accepted

28.05.2019

Conflicto de Intereses / Competing interest

El autor declara que no existe conflicto de intereses

¿QUÉ ES LA «CULTURA POLÍTICA»? ¿Es acaso un concepto, una categoría, un enfoque, quizá un paradigma o un síndrome? Es decir, ¿es objeto de la Ciencia Política? Como ya escribió hace años Max Kaase, «definir la cultura política es como intentar colgar un flan de una pared».²

Vamos a intentar hacer un recorrido por sus orígenes y, después, a grandes líneas, hablaremos sobre la pertinencia del concepto (mientras tanto, lo vamos a llamar así) y sobre el debate que ha suscitado.

1. Gabriel Almond y sus sodalicios

Cuando se habla de «cultura» en los manuales de Ciencias Sociales, se hace referencia a una multitud de autores del ámbito de la antropología, desde Edward B. Tylor, de finales del siglo diecinueve, hasta Clifford Geertz, de finales del veinte, que son los que se llevan la palma; pero también a grandes sociólogos como Max Weber y Talcott Parsons.

Para los politólogos de medio mundo, el «flan» que mencionábamos antes lo sirvió Gabriel Almond. Fue Almond el que introdujo en la Ciencia Política el concepto de «cultura política», que él mismo declaró que extrajo del concepto más general de los antropólogos y en referencia también a Weber y Parsons. El paradigma, si es que lo hay, es que es Almond el que lo ha explicitado en varios ensayos e investigaciones, a veces en colaboración con Sidney Verba, Lucian Pye o G. Bingham Powell Jr., y por eso es el más conocido entre los entendidos en el tema.

En mi caso, lo conocí, como el resto de politólogos italianos, gracias a la primera antología de Ciencia Política, que abrió el camino para la aparición de la disciplina en estas latitudes.³ La antología incluía la reproducción de algunas páginas de la obra básica escrita por Almond junto con Verba, *The Civic Culture*, que se publicó en 1963.⁴ En esas páginas aparecía su propia y breve definición canónica de «cultura política», entendida como el conjunto de orientaciones psicológicas de cada uno respecto al sistema político, ya fueran orientaciones «cognitivas», «afectivas» o «valorativas». Subyacía la idea de una cultura política del respeto de las reglas, de una participación democrática consciente y de lo «políticamente correcto».

2 M. Kaase, *Sinn und Unsinn des Konzepts Politische Kultur für die Vergleichende Politikwissenschaft, oder der Versuch, einen Pudding an die Wand zu nageln*, en M. Kaase y H.-D. Klingemann (eds.), *Wahlen und Wähler. Analysen der Bundestagswahl 1980*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1983, pp. 144-171.

3 G. Sartori (ed.), *Antologia di scienza politica*, Bolonia, Il Mulino, 1970. El texto de Almond está en las pp. 215-222.

4 G. A. Almond y S. Verba, *The Civic Culture. Political attitudes and democracy in five nations*, Princeton, Princeton University Press, 1963.

Almond había incluido la primera formulación de su definición en un ensayo de 1956 dedicado a los problemas que planteaba comparar sistemas políticos. La cultura política, entendida como el conjunto de las convicciones, de las actitudes y de los juicios respecto a la política, podía postularse como uno de los criterios para comparar y clasificar.⁵ Esa idea volvió a aparecer en otros trabajos y también en una contribución, que se tradujo en Italia en 1977, en la que enmarcaba su paradigma en una tradición también europea y reconocía la existencia de diferentes culturas, como hizo asimismo en otros textos publicados en Italia.⁶

Almond se mantuvo fiel a su concepto de cultura política, pero no por ello ajeno a las críticas que recibió desde el principio, ante las que hizo alguna concesión.⁷ A lo largo del ya medio siglo de la «cultura política» de Almond le han llovido las críticas e incluso la han rebatido, pero también ha habido incorporaciones y correcciones a ambos lados del Atlántico.⁸ Entre el abundante material disponible, vamos a destacar ahora los puntos que nos parecen más cruciales y, además, más en consonancia con mis intereses cognoscitivos. Cabe indicar que esa concepción que «ahora parece que ha envejecido»,⁹ todavía es digna de consideración por el papel que ha desempeñado.

P

8

- 5 G. A. Almond, *Comparative Political Systems*, en «Journal of Politics», 2, 1956, pp. 391-409.
- 6 G. A. Almond, *La cultura política. Storia intellettuale del concetto*, en «Rivista italiana di scienza politica», 2, 1977, pp. 411-431. Se hizo una recopilación de ensayos con introducción de Gianfranco Pasquino, G. Almond, *Cultura civica e sviluppo politico*, Bolonia, Il Mulino, 2005.
- 7 Estos tiras y aflojas se pueden leer en G. Almond y S. Verba (eds.), *The Civic Culture revisited*, Boston, Little Brown, 1980, en el que los editores publicaron algunas contribuciones de sus críticos y reconocieron algunos problemas asociados a sus postulados.
- 8 Es cierto que tanto manuales como antologías y monografías han conseguido que Almond y su escuela tengan el mérito que les corresponde, no sin ciertos esbozos críticos. De una larguísima lista, recordamos los más interesantes. Las contribuciones italianas van de G. Fedel, *Cultura e simboli politici*, en A. Panebianco (ed.), *L'analisi della politica. Tradizioni di ricerca, modelli, teorie*, Bolonia, Il Mulino, 1989, pp. 365-390, a R. Cartocci, *Political Culture*, in «International Encyclopedia of Political Science», 6°, Los Ángeles, Sage, 2011, pp. 1967-1979. En Alemania podemos destacar W. M. Iwand, *Paradigma politische Kultur. Konzepte, Methoden, Ergebnisse der Politische Kultur-Forschung in der Bundesrepublik*, Opladen Westdeutscher Verlag, 1985 y D. Berg Schlosser y J. Schlisser (eds.), *Politische Kultur in Deutschland*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1987, así como las muchas contribuciones de Oskar Gabriel. En cuanto a Francia, Y. Schemel, *Les cultures politiques*, en M. Grawitz y J. Leca (eds.), *Traité de science politique*, París, Presses Universitaires de France, 1985, pp.237-307. En España, la antología a cargo de P. del Castillo Vera e I. Crespo, *La cultura política*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1997 y M. L. Morán y J. Benedicto, *La cultura política de los españoles. Un ensayo de interpretación*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1991. En Reino Unido, de J. Street, *Review Article: Political Culture – from Civic Culture to Mass Culture*, en «British Journal of Political Science», 1, 1993, pp. 95-14, a la última monografía sobre la cultura política en la que no se hace mención a Almond, St. Welch, *The Theory of political culture*, Oxford, Oxford University Press, 2013.
- 9 R. Cartocci, *Diventare grandi in tempi di cinismo*, Bolonia, Il Mulino, 2002, p. 22. Y la positiva revisión de *Civic Culture* de M. Maraffi en la sección “Heri dicebamus” en «Polis», 1, 2013, pp. 159-164.

2. La «cultura cívica» y las demás

El concepto le sirvió a Almond y a los demás para hacer una clasificación de tres tipos de culturas, culturas de «participación», de «sujeción» y de «parroquia». Les sirvió para ubicar los cinco sistemas políticos que estudiaba *The Civic Culture*, es decir, Estados Unidos, Reino Unido, México, Italia y Alemania, recurriendo a encuestas realizadas en esos cinco países. El objetivo era comprobar la estabilidad de esos cinco regímenes democráticos y el grado de su respectivo desarrollo, en un contexto de interés difuso en ese periodo por una comparación de larga distancia promovido por el movimiento estructural funcionalista. Las democracias de Estados Unidos y de Reino Unido eran estables, aunque homogéneas en su interior. Y las otras tres eran débiles, en particular la de Italia, víctima de una gran fragmentación y parroquialismo.

Ahora, sin embargo, no nos ocupa el caso italiano. Lo que nos interesa es que la clasificación y los juicios que se proponían en esa investigación estaban sujetos a una hipoteca normativa. Había más culturas políticas, pero existía la idea de una cultura política diferente de las demás, que era homogénea y garantizaba una democracia estable. Se usaba esa «cultura cívica» de modelo, normativo en efecto, hacia la cual las demás, que estaban en escalones inferiores, tenían que aspirar siguiendo un recorrido de desarrollo político más o menos lineal. La meta era llegar al sistema democrático de sello anglosajón. En la cumbre de otras culturas, como modelo a seguir, estaba la cultura blanca anglosajona. Este planteamiento ha sido objeto de críticas por etnocéntrico.

Siempre se le ha rebatido que el concepto de cultura política es, por el contrario, totalmente neutro. Además, Estados Unidos no presentaba, y no presenta, una cultura política homogénea. Por último, y sobre todo, no se puede confundir una cultura política con «cultura cívica», como podía ser el caso. «Cultura cívica» es solamente una especificación de la cultura política, sea preferible o no.

Dentro del gran territorio de Estados Unidos hay, por supuesto, otras culturas políticas, desde la de los negros a la de los latinos, pasando por la de los italoamericanos. Y además, allí, como en cualquier otra parte del mundo, están las culturas políticas de los jóvenes y de los mayores, la cultura de los hombres y de las mujeres, la cultura de las élites y de las masas, la cultura de los obreros y de la clase media, de los católicos y de los protestantes. En esta primera lista, los criterios de diferenciación son la edad y el sexo, la clase social y la religión -como anteriormente los criterios eran la etnia de los diferentes ciudadanos de los Estados Unidos.

La lista podría seguir. Se pueden definir subculturas, como hacían también los almondianos, que las consideraban partícipes de uno de los tres tipos que habían identificado, pero atípicas respecto a la cultura dominante del Estado

nacional. El hecho de que hubiera culturas políticas en plural que no se puedan incluir fácilmente dentro de la dominante fue algo que enseguida objetaron politólogos o antropólogos americanos.¹⁰

Se puede seguir la pista de las culturas políticas también en un pasado más lejano, como en la antigua Roma republicana o en la Edad Media cristiana. Hay que destacar, por último, que entre las culturas políticas se incluyen también las que no se considerarían como tales. Era cultura política la de los nazis y es cultura política la de los islamistas radicales, como lo son las de los muchos Estados y sociedades democráticas que existen.

Es más, diría que cada cultura política, independientemente de su naturaleza, produce capital social, el constructo que redescubrió y relanzó James Coleman al final de los años ochenta.¹¹ Como todos sabemos, por capital social se entiende un conjunto de entramados sociales del que derivan normas de reciprocidad y de confianza y vínculos formales e informales. Si bien esto presenta efectos positivos para los individuos, lo hace aún más para la colectividad. Sirve para la cohesión social, para la colaboración por el «bien común» que, sin embargo, no se muestra así para los demás, excluidos o contrarios. Como pasa con las culturas políticas.

La discriminación entre culturas es una opción de valor. Es lícito que cada uno elija la que prefiera y que se oponga a las demás porque con los valores de uno mismo no se puede negociar. Para defender tu propia cultura no te puedes permitir compromisos con las demás, pero no se puede no reconocerlas en su diferencia.

3. Culturas y territorio

La dimensión geográfica de los almondianos estaba predefinida. Era el Estado nacional, entendido como algo homogéneo. El proceso de homogeneización hacia una cultura cívica nacional habría valido también para las diferencias territoriales, que se consideran un desvío y algo residual. Como habría pasado o iba a pasar en Estados Unidos, donde el camino hacia la homogeneidad habría

10 Entre los primeros, recuerdo R. Lane, *Political Culture. Residual Category or General Theory?*, en «Comparative Political Studies», 3, 1992, pp. 362-387, y entre los segundos R. M. Merelman, *Making Something of Ourselves. On Culture and Politics in the United States*, Berkeley, Los Ángeles, Londres, University of California Press, 1984 e Id., *Partial Visions*, Madison, The University of Wisconsin Press, 1992.

11 El texto fundacional es *Social Capital in the Creation of Human Capital*, en «American Journal of Sociology», 2, 1998, pp. 95-120, incluido en la obra de J. S. Coleman, *Foundations of Social Theory*, Cambridge Mass., Harvard University Press, 1999 (trad. it., *Fondamenti di teoria sociale*, Bolonia, Il Mulino, 2005).

podido garantizar la estabilidad del sistema político. Hay quien ha replicado fuertemente esta postura.

En Estados Unidos, el antagonista más determinado del enfoque almondiano fue probablemente Daniel Elazar que fue, entre otras cosas, uno de los mayores teóricos del federalismo. Según Elazar, Estados Unidos no tiene una cultura política uniforme, sino muchas culturas políticas regionales. Desde su primera investigación clásica hasta la más madura, Elazar siempre sostuvo la existencia de un «mosaico americano».¹² Las diferentes subculturas han pasado a ser dominantes en diferentes áreas geográficas, que pueden coincidir con Estados o con partes de Estados.

Si esto es cierto para Estados Unidos, lo es más todavía en los Estados europeos, en los que, a lo largo de los siglos, los asentamientos humanos, las vicisitudes políticas e institucionales y la heterogeneidad de idiomas y costumbres han ido dividiendo los territorios. Son muchos los factores que han contribuido a la formación de culturas políticas regionales. Estos procesos han acompañado la democratización de los sistemas políticos en muchos Estados europeos. En otros, han creado y siguen creando tensiones para la construcción de Estados unitarios, en otros han contribuido incluso a la integración de las masas populares en los Estados en vías de consolidación. «Cultura política regional» quiere decir que en un mismo espacio político regional se desarrollan especificidades políticas relevantes, tanto en el ámbito de los marcos sociales y de la mentalidad como en el de los modos de pensar, de sentir y de comportarse, así como en el ámbito de los símbolos y de las ideologías separadas.¹³

Las culturas políticas regionales no implican necesariamente la conciencia de una identidad regional que se transforme en regionalismo. En muchos Estados europeos, han despertado y cobrado fuerza en las últimas décadas los regionalismos, que son movimientos políticos que reivindican, promueven o imaginan la existencia de una cultura política regional y la traducen, junto al principio de territorialidad, en un programa de acciones con fines políticos.¹⁴ Las unas y los otros configuran, obviamente, una Europa en absoluto homogénea. La pertenencia territorial ha adquirido un papel aún más importante

12 El significativo título de la última obra de Elazar es *The American Mosaic: The Impact of Space, Time, and Culture on American Politics*, Boulder, Westview Press, 1994. La primera obra en la que se constituía su visión fue D. Elazar, *Cities of the Prairie. The Metropolitan Frontier and American Politics*, Nueva York, Basic Books, 1970.

13 Así lo explica Karl Rohe en *Regionale (politische) Kultur. Ein sinnvoller Konzept für die Wahl- und Parteienforschung?*, en D. Oberndörfer y K. Schmitt (eds.), *Parteien und politische Traditionen in der Bundesrepublik*, Berlín, Duncker y Humblot, 1991.

14 De la diferencia entre regionalismo y cultura política regional trata, con referencias a muchos casos histórico-empíricos, mi obra *Regioni d'Europa. Devoluzioni, regionalismi, integrazione europea*, Bolonia, Il Mulino, 2006.

en Europa en el último cuarto de siglo al diferenciar las culturas políticas. La postura de oposición en el centro del sistema político acentúa la diversidad de una cultura política, o de lo que podría ser una cultura política. Ciertamente, la identidad regional se ha convertido en una fuente de movilización política.

Entre los clivajes de Stein Rokkan¹⁵ para la construcción de los Estados nación en Europa, está el que se produce entre el centro y la periferia, que remite a culturas territoriales específicas que condicionan las comunidades. Hans-Georg Wehling, a partir de la experiencia histórico-política de Alemania, y precisamente debatiendo el enfoque almondiano, ha destacado la necesidad de «regionalizar» el concepto de la cultura política.¹⁶

En el caso de Italia, por supuesto que hay tantos regionalismos como subculturas políticas territoriales.

Los primeros corresponden a periferias histórico-identitarias, con una larga historia política a sus espaldas. Dotadas de una cultura propia, coinciden con una ordenación institucional, es decir, cuatro regiones con estatuto especial, a las que la recién nacida República reconoció el derecho a la autonomía, sobre todo por razones etnolingüísticas.¹⁷

En una nota del capítulo anterior recordábamos que la categoría «subcultura política territorial» ha tenido una suerte particular en Italia. Las investigaciones llevadas a cabo en los años sesenta por el Instituto Cattaneo de Bolonia, demostraron cómo, detrás de la continuidad del comportamiento de voto y su distribución en al menos seis zonas italianas, había, para la zona blanca y la roja, una sólida red de estructuras políticas y una tradición secular que conforman, precisamente, la subcultura del panorama italiano: había partidos con afiliados y militantes, con secciones y con una multitud de organizaciones laterales, había asociacionismo y agencias de socialización, había una imagen de sociedad contrapuesta a la de la clase burguesa. En el esquema teórico propuesto por Carlo Trigilia había aspectos de carácter económico. Al recuperar la categoría como una modalidad organizativa particular del sistema político, en su relación con la sociedad, de la que podría derivar un monopolio electoral, Trigilia la utilizaba para definir las características generales de un sistema po-

15 S. Rokkan, *Citizens, Elections, Parties: Approaches to the Comparative Study of the Process of Development*, Oslo, Universitetsforlaget, 1970 (trad. it. *Cittadini, elezioni, partiti*, Bolonia, Il Mulino, 1982) e Id., *State Formation, Nation-Building, and Mass Politics in Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1999 (trad. it. *Stato, nazione e democrazia in Europa*, Bolonia, Il Mulino 2002. Con D. W. Urwin, *Economy, Territory, Identity*, Londres, Sage, 1983.

16 H.-G. Wehling, *Regionale Politische Kultur in der Bundesrepublik*, en AA. VV., *Regionale Politische Kultur*, Stuttgart, Kohlhammer, 1985.

17 Hay un cuadro con las cuatro regiones que tienen estatuto especial (a Sicilia se le concedió la autonomía por motivos particulares) y de sus regionalismos en los ensayos incluidos en G. Nevola (a cargo de), *Altre Italie. Identità nazionale e regioni a statuto speciale*, Roma, Carocci, 2003.

lítico territorial en el que el sentido de pertenencia político era, también, espacial. Trigilia también se remontaba a los procesos históricos del Estado después de la unificación, que habían enfrentado las regiones del norte, este y centro al Estado saboyano y utilizaba, tanto para el pasado como para el presente, además de datos políticos, cifras sobre huelgas, sobre emigración, sobre el tejido económico, agrario primero y diferenciado después de la pequeña y mediana empresa industrial. Estos y otros elementos estaban enraizados en territorios concretos, en los que existía una simbiosis entre el modelo de desarrollo económico y el modelo político.

Otras investigaciones realizadas en otros sistemas corroboran que la pertenencia territorial es un componente de la cultura política. En el espacio hay principios de identidad política porque el espacio es un lugar de gobierno y de organización política cargado de significados y de valores.

4. ¿Reduccionismo psicológico? Individuos e instituciones

Aunque las interpretaciones y aplicaciones del paradigma de Almond hayan sido controvertidas, su afirmación sobre la psicología es bastante lapidaria. Como hemos recordado al principio, desde ese punto de vista la cultura política es «el conjunto de comportamientos psicológicos de los miembros de una sociedad respecto a la política».

Esa afirmación recibió una lluvia de críticas inmediatamente. Una de las primeras fue la de David Elkins y Richard Simeon, que ya en 1979 escribieron que los individuos tienen creencias, valores y actitudes, pero no cultura, puesto que la cultura es propia de la colectividad, de la nación, de la región, de comunidades étnicas, de organizaciones formales o partidos.¹⁸ Para ellos, y para otros autores, la cultura política tiene una dimensión intersubjetiva. También es intersubjetiva la cultura política para Percy Allum y, como tal, se debe distinguir claramente de la opinión pública, que es la suma de aquello que piensan los individuos.¹⁹ En la dimensión intersubjetiva de la cultura política y en la necesidad de asociarla a la colectividad social insiste Bernard Badie.²⁰

La cultura política no es una distribución de tendencias psicológicas. Se materializa en una red de relaciones sociales, en grupos cuyos miembros interactúan, compartiendo estatus, *ethos* y lenguaje. Lejos de ser una opinión superficial, con sus contenidos, crea costumbres y forja mentalidades. Se expresa en

18 D. J. Elkins y R. E. B. Simeon, *A Cause in Search of its Effects. What does Culture Explain?*, en «Comparative Politics», 11, 1979, pp. 117-145.

19 P. Allum, *Cultura o opinioni? Su alcuni dubbi metodologici*, en «Il Politico», 2, 1988, pp. 261-268.

20 B. Badie, *Culture et politique*, París, Economica, 1993.

comportamientos concretos y reiterados. Influye en la vida política y se funde con las prácticas sociales.

Las culturas producen integración social, garantizando un «sentido común» compartido para los comportamientos propios y ajenos. Para Antonio Gramsci, que lo contaba como una categoría de la Ciencia Política, interpretativa de la realidad social, el «sentido común» fue un tema central. Gramsci sostenía que el sentido común es una fe «en el grupo social al que se pertenece, ya que la profesas completamente como nosotros».²¹ Esto en su momento parecía algo obvio que, desde una perspectiva negativa, podía convertirse en una forma de conformismo.

Haciendo referencia un maestro del psicoanálisis, Carl Gustav Jung, a años luz de Gramsci, se podría decir que las culturas políticas se anclan y se mantienen en el inconsciente colectivo, un concepto que va unido radicalmente a la historia.²²

La crítica de reduccionismo psicológico tiene otro frente abierto, el del papel de las instituciones. Ya lo había destacado claramente Carole Pateman en su comentario de *The Civic Culture*. Según Pateman, los dos autores habían pasado por alto el impacto de las estructuras y, por tanto, ella sostenía que la cultura política es el resultado de la interacción de los ciudadanos con las instituciones y que el impacto causal se producía en ambas direcciones.²³

Sin ánimo de menospreciar el *revival* neoinstitucionalista de finales de los ochenta,²⁴ para muchos se ha destacado demasiado el papel de las estructuras institucionales para asentar, conservar y transmitir la cultura política. Las instituciones son puntos de conexión entre partes implicadas y sistema político. Dictan reglas de comportamiento y definen el marco en el que se «vive» la política. Un autor que ha tenido éxito también en Italia y que volveremos a citar en esta obra por su atención a nuestras culturas, aunque partiendo de la «cultura cívica» de Almond, ha sostenido que «las instituciones forjan la política... en la medida en que forjan la identidad de las partes implicadas».²⁵ Y

21 A. Gramsci, *Quaderni dal carcere*, II, Quaderni 6-11 (1930-1933), Turín, Einaudi, 1975, pp.1390-1391.

22 A la asunción automática e inconsciente de la cultura política por parte de los individuos se refiere R. Cartocci, *Political Culture*, cit., en un amplio análisis de cómo se ha ido enriqueciendo el concepto de Almond.

23 C. Pateman, *Political Culture, Political Structure and Political Change*, en «British Journal of Political Science», 3, 1971, pp. 291-305 e Id., *The Civic Culture. A Philosophical Critique*, en el volumen editado por G. Almond y S. Verba, *The Civic Culture revisited*, cit. pp. 57-102.

24 Texto de referencia de nuevo J.G. March y J.P. Olsen, *Rediscovering Institutions. The Organizational Basis of Politics*, Nueva York, The Free Press, 1989 (trad. it., *Riscoprire le istituzioni. Le basi organizzative della politica*, Bolonia, Il Mulino, 2000).

25 R.D. Putnam et al., *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton, Princeton University Press, 1993 (trad. it. *La tradizione civica nelle regioni italiane*, Milán, Mondadori, 1993). La cit. de

por instituciones se entienden los Estados y sus articulaciones, los partidos, los sindicatos, las iglesias, etc.

5. Historia e historiografía

En la tradición académica francesa, los límites entre Historia y Ciencia Política son muy volubles, casi inexistentes. De esta forma, se produce un intercambio continuo entre estudios y resultados. Muchos trabajos franceses están, pues, a caballo entre las dos disciplinas y entre los objetos que comparten se encuentra, precisamente, la cultura política.

Si bien los historiadores franceses prefieren hablar de «tradiciones políticas», bajo ese término se suele ocultar de buen grado la cultura política.²⁶ Fue precisamente un historiador que dedicó algunos trabajos a la relación entre Ciencia Política e Historiografía, precisamente respecto a la cultura política, el que contribuyó a renovar la Historia Política en Francia.²⁷

Otras tradiciones intelectuales, aunque ciertamente no la estructural funcionalista con su dimensión ahistórica,²⁸ reconocen el «peso» de la historia en la construcción de una cultura política.

La Historia, entendida como Historiografía, explota y redescubre el material empírico; la Historia, entendida como «lo vivido» es la que nos cuentan, recuerdan o nos transmiten los miembros más mayores de la comunidad política a la que pertenecemos. Las culturas políticas nacen, viven y mueren en la Historia. La Historia es la dimensión genética y la dimensión dinámica de una cultura política.

Hay experiencias colectivas que, aun habiendo sucedido en un momento histórico lejano, marcan la cultura política de una comunidad. La tradición puede haber sido tan fuerte como para continuar haciéndose escuchar mucho tiempo después, incluso a lo largo de siglos. Los miembros de una comunidad seleccionan algunos momentos históricos, algunos hechos y eso puede produ-

la p. 9 de la traducción al italiano.

26 Los ensayos publicados en un número monográfico de una revista sobre la tradición política procedían, y no por casualidad, de un congreso organizado por la Asociación francesa de Ciencia Política en el que también participaron historiadores. Cf. «Pouvoirs», 42, 1987.

27 S. Bernstein, *L'historien et la culture politique*, en «Vingtième siècle», 35, 1992, pp. 5-17 y *La culture politique*, in J.-P. Rioux y J.-F. Sirinelli (eds.), *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1996, pp. 371-386.

28 Aunque alguno de los sodalicios de Almond sí reconocía el papel de la «historia colectiva» de un sistema político y de la historia de sus miembros. Cf. L. Pye, *Political Culture*, in *International Encyclopedia of Social Science*, 12, Nueva York, Mc Millian and Free Press, 1968, p. 218. Y la misma consideración sobre el legado de la historia la hacían G. A. Almond y G. B. Powell en *Comparative Politics: A developmental approach*, Boston, Little Brown, 1966 (trd. it., *Politica comparata*, Bolonia, Il Mulino, 1970).

cir un efecto en las siguientes generaciones que, posiblemente, no perciban su influencia. Es más, los rasgos de una cultura política pueden palidecer en el tiempo, pero otros, aparentemente desaparecidos, pueden volver a aflorar después de un periodo más o menos largo de tiempo, como los ríos subterráneos.

Ya hemos hablado de Stein Rokkan. Para este politólogo noruego, anteriormente mencionado por el papel del territorio, los estudios históricos relativos a un periodo largo son una de las fuentes para explicar las diferencias y las semejanzas entre diferentes culturas y estructuras políticas. Robert Putnam se remontó a los municipios italianos de la Edad Media para explicar la presencia de la «cultura cívica» en el centro y norte de Italia.²⁹ A Putnam se unió Marco Almagisti para dibujar las culturas políticas de Toscana y Veneto, para lo que se remontó al Renacimiento, es decir, al Gran Ducado toscano y a la República de Venezia.³⁰ Otros estudiosos, también de disciplinas variadas, han recurrido a la Historia para buscar el origen y los motivos del comportamiento político de los italianos. Entre todos ellos, recordemos a Carlo Tullio en algunas de sus obras.

Recurrir a la historiografía puede resultar imprescindible para toda la Ciencia Política, pero sin duda los es para estudiar la cultura política. En el heterogéneo material que produce la historiografía se encuentra el origen y los componentes de una cultura política.³¹

La Historia alberga los mitos o, mejor, los personajes o los sucesos que se transforman en mitos, y que alimentan una cultura política. Los mitos se pueden consolidar con ritos que, con su repetitividad, consolidan la cultura en sí. Por último, en la Historia entendida como «lo vivido», le corresponde a la memoria encontrar aquello que necesitan tanto los analistas como los sujetos interesados. La memoria es memoria colectiva porque está en una colectividad que se cultiva y se perfecciona.³² La memoria es, de por sí, selectiva, pero precisamente por eso resulta un factor tan potente de transmisión de una cultura política que tiene que nutrirse de recuerdos y de mitos.

29 R.D. Putnam et al., *Making Democracy Work*, *Op. cit.*

30 M. Almagisti, *Una democrazia possibile. Politica e territorio nell'Italia contemporanea*, Roma, Carocci, 2016.

31 De todas: C. Tullio Altan, *La nostra Italia: clientelismo, trasformismo e ribellismo dall'Unità ad oggi*, Milán, Feltrinelli, 1986.

32 Cabe destacar la contribución, fundamental, de Maurice Halbwachs en sus obras *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, Librairie Alcan, 1925 (tr. it., *I quadri sociali della memoria*, Nápoles, Ipermedium 1997) y *La mémoire collective*, Paris, Presses Universitaires de France, 1950 (tr. it., *La memoria collettiva*, Milán, Unicopli, 1987).

6. Las encuestas no son suficiente

En los estudios sobre cultura política, o los que pretenden serlo, se utiliza muy a menudo la técnica de las encuestas, que ha conocido un gran desarrollo en las últimas décadas. Ahora bien, las encuestas, aunque es cierto que son útiles, no son suficientes ya que se centran en los aspectos exteriores, en la superficie de un fenómeno tan complejo como es la cultura política. Las *survey* van un poco más allá. Se llevan a cabo con unos métodos de muestreo más precisos, con la aplicación de técnicas factoriales y de escala, y con el perfeccionamiento de análisis e inferencia estadística y han permitido que se den grandes pasos en la investigación sobre la cultura política. El mismo Almond, convencido de la «revolución» propiciada por la técnica de las encuestas y de las *survey*, vio, en la metodología y en la tecnología de estas mismas, un elemento importante para la investigación, especialmente la comparada, sobre la cultura política.³³ Y aun así, en el capítulo sobre Italia de *Civic Culture* se deshizo en críticas por la impracticabilidad de las preguntas prefabricadas que se planteaban a los italianos de finales de los años cincuenta.³⁴

Los análisis cuantitativos son, indudablemente, útiles también en este ámbito de estudio, pero no son en absoluto satisfactorios, ya que ofrecen una evidencia indirecta. Estos métodos y técnicas, cada vez más perfeccionados, «pescan» aspectos de la cultura política, pero, como se basan en respuestas individuales, recopilan una suma de opiniones que, como hemos dicho anteriormente, no son suficientes para reconstruir una cultura política. Se centran en individuos atomizados, extraídos de las relaciones sociales y no llegan al núcleo duro de las culturas políticas.

A mi parecer son más útiles, porque son más productivas, las entrevistas en profundidad, como las que hemos efectuado para este estudio. Dan muchos resultados y aún pueden dar más si se realizan en un lenguaje y en un ambiente familiares para el entrevistado. Lo pensaba por convicción metodológica y lo pienso ahora después de haber llevado a cabo esta larga experiencia de la que me dispongo a rendir cuentas al lector.

El producto de las entrevistas en profundidad se organiza y se integra con otros métodos y herramientas cualitativas. Y las fuentes históricas por los motivos anteriormente esgrimidos, es la oportunidad de recurrir a la Historiografía, a las biografías y a la memoria. Las fuentes históricas incluyen los archivos, públicos y privados (empezando por los de los partidos, que también los hay

33 Véase G.A. Almond, *Cultura cívica e sviluppo politico*, cit. p. 254.

34 Esos límites los recogió un politólogo italiano en su contribución al volumen de 1980 sobre la cultura cívica «revisada». Véase G. Sani, *The Political Culture of Italy: Continuity and Change*, en G. Almond y S. Verba (eds.), *The Civic Culture revisited*, cit. pp. 273-324.

en los regímenes autoritarios). Puede servir la prensa y pueden servir los textos literarios, las obras de teatro y de cine (el ya citado Merelman sugería las telenovelas) y, después, las banderas, las fiestas, los himnos, los lugares de la memoria. Por último y, por supuesto, los datos cuantitativos, desde el censo a los resultados electorales.

Lo más productivo será decantarse por un eclecticismo metodológico, que no significa que cada método sea bueno, sino que hacen falta una pluralidad de métodos y de técnicas. Las aportaciones interdisciplinarias, por supuesto, serán bienvenidas.

Serán útiles también, por supuesto, datos cuantitativos que sirvan para enriquecer los cualitativos. Se trataría, sobre todo, de datos sobre partidos, sobre sindicatos, sobre organizaciones colaterales. Si la cultura política interactúa con un contexto social y económico, necesitaremos datos que lo expresen. Y, por último, todos los datos estadísticos que ayuden a entender mejor el fenómeno. Allí donde haya elecciones, necesitaremos los datos de los resultados, claro, pero no suficientes, son unos puntos de partida seguros para empezar el camino a partir de ahí.

7. Conclusión: un esquema interpretativo

Resumamos lo expuesto en las páginas anteriores. Con ello, propondremos el esquema interpretativo de la cultura política.

En relación con la cultura política, he ido encontrando a lo largo de los años una abundante literatura, una exposición que he mencionado solo someramente con algunos pasajes en estas páginas. Apenas hemos llegado a la superficie del imponente debate, pero he tenido en cuenta mi experiencia personal de investigación.

La cultura o arte del gobierno está formada por las orientaciones psicológicas, posturas y creencias de los miembros de una sociedad respecto al sistema político, según el paradigma almondiano. Sin embargo, se sustancia en comportamientos concretos y reiterados que se pueden convertir en una costumbre, en un hábito. Es un sistema de relaciones entre miembros, que interactúan, compartiendo estatus, *ethos* y lenguaje. Las relaciones se entrelazan en un contexto definido, un contexto histórico de larga, o al menos media, duración y un contexto territorial que no es solamente un simple espacio físico, un contenedor vacío, sino el producto de la obra de las diferentes generaciones que lo han ido transformando a lo largo del tiempo histórico y que lo siguen transformando actualmente. Es un espacio social que confiere un sentido de pertenencia; es «*Blut und Boden*», como dirían los alemanes, es decir «sangre y tierra». En las experiencias colectivas del tiempo histórico se encuentra el origen y la capacidad de duración de una cultura política.

A lo largo de la Historia se han desplegado las experiencias colectivas que han dado lugar a tradiciones y costumbres. Y es que la cultura política es una magnitud dinámica vinculada no a los individuos sino a una colectividad, a un grupo social, una comunidad religiosa, un Estado nación y a más tipos de grupos todavía. Los individuos, como hemos dicho, tienen opiniones, por supuesto, pero no una cultura política. El modo en que se relacionan los individuos con la esfera política depende de su pertenencia a determinados grupos o instituciones. Por tanto, la cultura política tiene una dimensión intersubjetiva.

La cultura política hace referencia a un sistema de valores asentado que a veces se contagia inconscientemente a los individuos, según el «inconsciente colectivo» de Carl Gustav Jung. El sistema de valores ha pasado a ser «sentido común», como dice Antonio Gramsci. Ese sistema induce formas de pensar, de hablar, de sentir y, obviamente, de comportarse, es decir de «vivir» la política.

Normas y valores, ideas y creencias, reglas de comportamiento dependen de estructuras institucionales que las mantienen, las irradian y las transmiten de generación en generación. Y así se crean los mitos, sostenidos y corroborados por ritos, reiterados y colectivos. La conservación de la memoria, inevitablemente selectiva, a cargo de alguien o de algo, es crucial para una cultura política. Los símbolos también sirven para eso.

La cultura política se materializa en prácticas sociales, es un proceso que interactúa con relaciones económicas y que se ve influido por ellas. Interactúa con formas de poder y con los modos en los que se ejerce, así como con los intereses subyacentes. Puede estar influida incluso por el entorno físico y geográfico. La cultura política es, en resumen, una mezcla compleja.

Las opciones electorales, cuando las elecciones son libres, no consumen esta mezcla compleja, sino que son un indicio de su existencia, de los más visibles y seguros, son un fuerte indicador. Aun reconociendo que se trata de un epifenómeno, hay que reconocer que pueden ser un buen punto de partida.

Mario Caciagli

Profesor Emérito de Ciencia Política de la Universidad de Florencia. Doctor *Honoris Causa* de la Universidad de Granada (2018). Fue Catedrático (1987-2010) y Director del Departamento de Ciencia Política en la Universidad de Florencia. Ha sido Director de la revista semestral *Quaderni dell'Osservatorio elettorale* y Presidente honorario de la Società Italiana di Studi Elettorali. Anteriormente, Profesor de Ciencia Política en las Universidades de Padua (1971-1973 y 1984-1987) y Catania (1973-1984). En España ha sido investigador visitante y conferenciante en las Universidades de Granada, Santiago de Compostela e Internacional “Menéndez Pelayo” de Santander, habiendo impartido clases en las Universidades Autónoma de Barcelona y Complutense de Madrid. Autor de numerosos artículos, más de ciento cincuenta, y libros editados, más de cincuenta, en varios idiomas y países (inglés, francés, alemán, italiano y español) en las más relevantes revistas y editoriales. En España ha publicado: *Elecciones y partidos políticos en la transición española (CIS)*; *Clientelismo, corrupción y criminalidad organizada (CEPC)* y *Regiones de Europa (Tirant lo Blanch)*.